

rodada de la cumbre havia de ser inevitable despeño à la profundidad del barranco, y lo imposible, à lo que se percebia, de poderse trepar à cavallo, vinieron persuadidos de que era inconquistable aquella Provincia del Gran Nayar.

Mas por otro lado les alentava la confianza, que tenian como tan piadosos Catholicos en Dios, que les havia de franquear la puerta, aunque fuesen necesarias muchas maravillas; confirmandose en esto, por ver que à este tiempo comenzavan (à lo que piadosamente se persuadian) à abrirseles à los Nayeres las del Cielo, entrando la primera al gremio de la Iglesia por la del santo Bautismo la Vieja, que llamavan la *Adivinadora*, que havia aconsejado à aquellos Idolatras, que abrazassen la Ley de Jesu-Christo. Afaltóle una enfermedad, que ella misma conoció, que era mortal: deseosa de salvarse, mandó, que llamasen al Padre Antonio Arias, para que la instruyese, y bautizasse; porque aunque era hija de Padres Christianos, havian estos muerto en esta Sierra, antes que à ella le huviesse amanecido el uso de la razon, y no sabía, si lo estava, ni havia quien pudiera asegurarselo. Doctrinóla el Padre con gran consuelo de la enferma, que dixo: „O! Quan ciega estava yo, „creyendo hasta ahora las mentiras, que me enseñaron los Nayeritas! Recibió el Bautismo *sub conditione* con gran ternura; y confesándose despues pasado ya algun tiempo, agravandosele mas su dolencia, con muestras de grande arrepentimiento, armada con el Santo Sacramento del Viatico, y con el de la Extrema Uncion murió con gran consuelo suyo, y de todos los presentes. Y para que los Barbaros ya convertidos se aficionáran à las ceremonias de la Iglesia, se le dispuso entierro con la mayor solemnidad posible: asistió el Señor Governador con los Capitanes antiguos, y la mayor parte de los Militares, que cargaron el Cuerpo, al darle Eclesiastica Sepultura.

Los

Los Oficiales del socorro ya se havian retirado con sus Tropas, viendo, que cessava su obligacion, que el Quartel estava con bastante defensa, y que no se tratava de dar passo, hasta que llegassen los Correos de Mexico con los ordenes del Señor Virrey, que vinieron dia ocho de Deziembre con carta para Don Juan de la Torre, en que su Excelencia le llamava à aquella Corte con el especioso pretexto de informarse del estado de esta Provincia, y de que recobrasse en aquella Ciudad su tan quebrantada salud, avisandole al mismo tiempo, que havia substituído en su lugar à Don Juan Flores de San Pedro.

## CAPITULO XVII.

*ENTRA EL NUEVO GOVERNADOR DON Juan Flores de San Pedro en el Nayar, y aunque procura reducir por via de paz à los Indios, reconoce inflexible su rebeldia.*

Luego que el Excelentissimo Señor Virrey tuvo noticia de la traicion alevosa de los Nayeres, y reconoció, que aun havia esperanza de su reduccion por el feliz, y maravilloso triumpho, que conseguieron las armas Catholicas, juntó Consejo de guerra, y de hacienda, en que todos los Señores, que concurrieron, fueron de parecer, que siendo el accidente, que padecia D. Juan de la Torre, no menos traidor, que los Infieles, dexava expuesta à perderse tan importante empresa; porque aquella tan alevosa enfermedad podia acometerle, quando en la mejor ocasion, por embarazarle las mas convenientes resoluciones, aventurasse tambien los aciertos. Mas quando se passó à discurrir en la eleccion del Sucesor, quedavan todos indecisos; entonces el Señor Licen-

T 2

ciado

ciado Don Juan Picado Pacheco, Oidor de la Real Audiencia de aquella Ciudad bien instruido con las noticias, que adquirió de la carta, que al Padre Provincial de la Compañia de Jesus le havian escrito los Padres Misioneros, evidenció, que no era lo mismo ser dificultosa, que ( como se dezia ) moralmente imposible la Conquista, añadiendo, que si no la havian conseguido luego despues del primer triumpho, no havia, à su juizio, consistido tanto en las dificultades de estas montañas, quanto en la falta de resolucion, para seguir el camino, que havia abierto la Victoria; que era necesaria Persona, que executasse, sin aguardar para cada operacion ordenes tan distantes, executando por sí la que pidieffen las ocasiones; y que por el conocimiento, que tenia de Don Juan Flores de San Pedro, ningun otro le parecia mas proporcionado à tan ardua empreffa, alegando tales razones en recomendacion de su Persona, que todos se conformaron con su dictamen.

Luego que el nuevo Gefe recibió el despacho, y ordenes de su Excelencia, aceleró tanto su jornada, que el dia quatro de Enero de mil setecientos, y veinte, y dos llegó al Real de Peyotan, y Pueblo de Santa Rita, trahiendo en su compañía setenta Soldados, entrando en este numero sus Domesticos, Criados, Familiares, una Caja, y Clarin baxo el mando del Capitán D. Christoval del Muro, y del Alferes Don Nicolás García. Bien veían los rebeldes la numerosa muchedumbre de gente desde la Mesa, aumentandola aun à su vista las muchas cavallerias, que trahian, ya para mudar, ya para el bagage. Y aunque esto bastó, para conturbarles, les acabó de llenar de temor la noticia, que por cierto Indio desertor tuvieron, no solo de la ruidosa entrada del nuevo Governador, sino tambien de haver sido llamado Don Juan de la Torre à la Corte de Mexico, à donde partió luego, acompañandole hasta larga distancia todos los Españoles, y los Indios,

dios, no acertando, ni los mismos Nayeres, à reprimir las lagrimas. No se puede negar, confessando llanamente lo que se deve de justicia, que este noble Cavallero era acreedor à estas demonstraciones de cariño, no solo por su bondad, desinterés, y amor, que todos, y singularmente los Indios le devian, sino por haver executado quanto alcanzó, para ablandar la dura, y ciega obstinacion de estos tercios alevosos Barbaros, y por haver manejado el Baston de General de nuestras Tropas, consiguiendo el primer triumpho, y fundando el primero, aunque pequeño, Pueblo de Santa Rita. Mas conspiraron contra sus buenos deseos la ingratitud de los Indios, la poca conformidad de los dictámenes en los Cabos principales, y el penoso accidente, que le sobrevino. Otros atribuyeron su desgracia, no menos que à la Providencia Divina, que quiso desengañar su persuasion, y la de algunos aficionados suyos tan pagados de sus prendas, que à gritos publicavan, que à ningun otro de todo el Mundo se abririan las puertas del Nayar, como si no bastara aun qualquier flaco debil instrumento, quando un superior soberano brazo le dá vigor, impulso, y acierto.

Luego que se apartó de esta Provincia su Antecessor, conociendo el nuevo Governador quanto importa la presteza en las operaciones Militares, al mismo tiempo, que despachó al *Tastzani* à requerir, y ofrecer la paz à los de la Mesa, donde estava ya congregada con sus bienes la mayor parte de los Serranos, envió à Quaimaruzi, sitio distante de aquella Rancheria àzia el Norte diez, y ocho leguas, y de Peyotan como veinte entre Poniente, y Norte, dos Esquadras de Soldados Españoles, que mandava el Capitán D. Christoval del Muro, y el Teniente de Capitán Don Juan Sebastian de Orendain, y algunos Indios amigos: dispuso assi, para que asseguraran el passo à los Correos, que havia despachado, como tambien à fin de reconocer la tierra, por haverse ya discurrido el que en ca-

fo; que los Indios perseverassen rebeldes, se les diessse por los lados el assalto. El efecto no pretendido, ni aun pensado, que se siguió con la jornada de esta Tropa, manifestó de nuevo los favores de la Divina providencia; porque habiendose fatigado las cavallerias à los Indios amigos de Guazamota, prosiguieron su derrota los Españoles, y el resto de los Naturales à tiempo, en que observava la marcha escondido en la maleza de un monte el Indio Don Pedro, que bolvia de Durango, y se dezia por cierto, que havia ido à convocar à los Tobosos.

Dió lugar à que se alejassen los Nuestrs; y viendo, que no les seguia mas gente, continuó nada rezeloso su camino; mas quando menos lo pensava dió en manos de los de Guazamota, que se havian atrassado, en sitio, donde no pudo valerse de la fuga. Aprehendieronle, y con otros dos, que cogieron casualmente cerca de Quaimaruzi, fué llevado al Real de Peyotan. Logróse con la declaracion de Don Pedro el desengaño, de que los Tobosos no entravan en esta Provincia, creciendo afftanto en los Soldados el aliento, quanto le havia disminuido el temor, que se les havia ya infundido en sus animos, sabiendo, que auxiliados los Nayeres de aquellos belicosos Barbaros no solo dificultarian, sino que impossibilitarian la Conquista. Declaró sinceramente aquel prissionero, que su viaje havia sido à la Ciudad de Guadiana, enviado de los demás Caziques de aquella Sierra, quexandose de los Soldados al Capitán Gandarilla, à quien ofrecian darse, si viniessse sin tanto estrepito militar, procurando por este medio su astucia, que se retirassen las Tropas, que tenian sobre sí, y cuyo valor con afrenta suya havian experimentado en la batalla de Teaurite.

Cobraron con este dichoso desengaño nuevo vigor las esperanzas, y se aumentaron con las otras noticias, que traxo al Governador el *Tatzani*, enviado

à

à requerir de paz à los rebeldes, que respondieron ya nada orgullosos, ò fuessse por haverles preocupado el temor al vér el aparato, con que entró el nuevo Geffe, ò por los consejos del buen *Tatzani*, ò por haver tenido noticia, de que los Españoles se les ivan acercando por el Norte, para assaltarles, por donde no era tan difícil sujetarles, ò porque supieron la prission de su Don Pedro, en cuyos ardidés tanto confiavan. Quedaron con la vista de aquel nuevo Embaxador, titubeando, y no pudieron determinar por entonces otra cosa, que bolver à despacharle, pidiendo con rendimiento, que se les diessse tiempo, para consultar de espacio su resolucion. No ivan fuera de razon; porque punto, en que se havia de tratar el perder, ò no la libertad, ò la vida, era de tan grande importancia, que pedia larga conferencia. Mas el animoso discreto Governador, que havia formado el mismo dictamen, que los otros, juzgó, que estas dilaciones eran unas engañosas entretenidas, y despachó luego segunda vez al *Tatzani* con nuevo requerimiento, prometiendoles mui ventajosos partidos, si se reducian, y comminandoles con el assalto, y con el rigor, si se mantenian obstinados. Obedeció el Embaxador, sin atender à que pedia algunas treguas de descanso la fatiga de haver andado en pocas horas mas de doze leguas; y haviendo llegado à la Mesa, halló à algunos tan inclinados à darse de paz, que dentro de dos dias traxo la noticia, de que el siguiente vendrian al Real à dar la obediencia dos Caziques principales nombrados el Tahuitole, y el Chapulin con la gente de sus Rancherias.

Del primero nada se sabía, pero para inclinarse à creer la determinacion del segundo influyó el buen concepto, que de él havian formado los Nuestrs, desde el dia, que les acometieron en Teaurite, acreditandole si no de fiel, de menos obstinado el que antes del rompimiento, hurtandose de los suyos, se acercó à Don Pablo Phelipe, y le dió en secreto noticia

ticia

ticia de la mala disposicion, y traidores intentos de sus Compañeros, y participandola aquel fiel Indio luego à algunos de los Nuestrros, que se hallavan inmediatos, se previnieron recatadamente con el pretexto de la imprudente orden, que se les havia dado, sacando de las fundas, para que estuvissen mas prontas, las escoperas, deviendo se entonces esta, aunque tan corta prevencion, à su aviso, y ahora se esperaba la reduccion de muchos rebeldes à su exemplo, y al del Tahuitole.

Pero presto defengañó tan esperanzados discursos la obstinacion, en que permanecian los de la Mesa; porque viendo, que estos dos Caziques aprestavan ya su jornada, para cumplir la palabra, que havian dado de venir à dar la obediencia, tomó la mano un Viejo de los mas autorizados, que se presume fue Don Alonso, y valiendose de su diabolica energia, les dixo entre otras cosas, que bien podian hazer se cargo de la penosa esclavitud, à que se sujetavan, si baxavan los cuellos al yugo de la Ley, que los Españoles professavan, y de los temerosos castigos, con que su Gran Dios havia de castigarles su infidelidad, y apostasia, concluyendo su artificiosa arenga con motejarles de cobardes, que por temor de las balas querian antes rendidos poner sus flechas à los pies del enemigo, que fixarlas valientes en su pecho. Estas razones bastaron, para que los dos Caziques, ayudados de su natural inconstancia, mudáran de parecer. Pero aunque el Chapulin, sin replicar, se passó à su Rancheria, que estava en otra Mesa inmediata llamada del Cangrejo, el Tahuitole, que vivia en la del *Tonati*, y era Indio mui animoso, prorrumpió en solas estas razones: ya estoi resuelto à no desamparar este sitio, y saldré el primero à pelear, aun con el conocimiento, que os he dicho, del valor, con que acometen los Españoles, que no saben nunca bolver la espalda, sino es al Sol, quando caen en tierra muertos. Mas conozco,  
que

que me veréis, y no me acompañaréis à pelear mano à mano con los enemigos, cuya valentia atendida de cerca os hará desamparar el puesto, y poner en vergonzosa fuga.

No dixo mas el valeroso Tahuitole, cuya tardanza con la del Chapulin tenia al Señor Governador, y à todos mui cuidadosos; y haviendoles esperado dos dias, resolvió enviar tercer requerimiento, valiendose de la fidelidad, y diligencia del mismo *Tatzani*. Mas este, como conocia bien à sus Compañeros, y havia observado la mala disposicion de casi todos, cuya irritacion sospechava, no haviendo baxado los dos Caziques, se escusó, proponiendo como cierto su peligro. Pero no hallando, ni siendo facil escoger otro mas fiel, y diligente, à quien pudiera fiarse la embaxada, le instó con tal eficacia, que se rindió à obedecer, mostrando con su llanto, que enterneció à todos, la repugnancia, con que repetia el viaje: dixo al Señor Governador, que obedecia, y que se iba contento, porque aunque sabía, que le havian de matar, llevaba el consuelo, de que iba à morir por Dios: palabras, que escuchadas de boca de un Christiano nuevo, y poco antes Gentil, no pudieron menos, que llenar de admiracion à los circunstantes, y de alentarles à exponerse por causa tan soberana à perder la vida.

Sin duda huviera peligrado el *Tatzani* à no haberle defendido el Señor; porque aunque aquel prudente Gefe le instruyó con todas aquellas prevenciones, y cautelas, que parecian mas conducentes, à que se evitasse su ruina, encargandole, que valiendose del grito, diese la embaxada, poniendose en tal distancia, que solo pudieran oírle, y no darle alcance, si se viesse necesitado à retirarse; pero los Nayeres no dieron lugar, à que tuviesse efecto esta prevencion, obligandole con el dissimulo de su enojo à que subiesse à la cumbre, donde luego que llegó, le aprehen-

dieron, y le pusieron guardia suficiente. Juntaronse los Principales, para conferir la resolucion, que devian tomar; los mas llevados del primer movimiento de su barbara ferocidad, y del impetu de la ira, que havia introducido en sus corazones el Demonio, se inclinaron à matarle, alegando, para paliar su injusticia, el haver sido desertor de sus Reales, y ser parcial de los Españoles. Todo lo escuchava el buen *Tatzani*, aguardando por instantes, que se executasse tan barbara sentencia; mas Dios nuestro Señor le libró, moviendo à uno de los Principales, que abogasse con no menor eficacia à favor del prissionero, proponiendoles, quan contra razon era estrenar sus alfanges en el que era de su propria Nacion, y que vendria violentado de los Españoles, alegando esta, y otras razones, que favorecian à su innocencia con tanta viveza, que resolvieron ponerle en libertad, y remitirle al Governador con la ultima resolucion, que era, que le aguardavan con todos sus Soldados en la Mesa, donde mostrarian su gran valor, y que los daños, con que les cominava, havian estado tan lejos de arredrarles, que antes havian servido de encender mas su enojo.

Llegó el *Tatzani* al Real la mañana del dia treze del mismo Mes, y habiendo escuchado la arrogante, y desesperada respuesta el Governador, se encendió en tan impaciente, aunque generosa colera, que luego al punto huviera montado à cavallo, y obligado à que le siguiessen los demás, si no fuera por atender à disponer con madura consideracion, y consulta de los Capitanes la jornada. Con casi todos los votos se resolvió, que incorporadas las Esquadras, que havian de marchar, con las que tenian ya ocupado el sitio de Quaimaruzi, se uniesen las fuerzas, para acometer por la parte de Poniente, por donde à mas de que no se sabia, que estuviesen fortificados, como no lo estavan, teniamos la ventaja de embestir,

ba-

baxando de otra Sierra contigua, y mui eminente, donde quedarian libres de que les rodassen peñascos los enemigos: noticia, que devieron à Don Domingo de Luna, y à otros Nayeres ya reducidos. Pero por ultimo se determinó, y executó despues de breve disputa, que se dividiesen las Tropas, que era à lo que siempre se inclinaron el Señor Governador, y el Capitán Don Nicolás de Escobedo, quien acabava de llegar de Zacatécas deseoso de repetir este servicio à su Magestad.

Fundavan su dictamen en que, acometiendo à un mismo tiempo por la parte de Oriente, y de Poniente, se conseguia, no solo divertir à los enemigos à dos partes, y enflaquecer sus fuerzas, sino impossibilitarles el escape. Ni uno, ni otro fin pudo lograrse; porque ni se pudo concurrir, como veremos, para dar el assalto à un mismo tiempo, ni aunque se les quitó la fuga por Oriente, y Poniente, pudo impedirse el que se extraviassen por la parte del Sur los mas, y algunos otros por la del Norte. Nunca se discurrió, que la aspereza de aquellos dos barrancos les permitiesse arrojarse à tantos peligros de tan formidables despeñaderos, cuya sola vista causa horror: mas el hecho mostró su arrojo, y la destreza, que tienen en passar cuestras, y aun precipicios. Con todo se consiguió el fin, que tanto se deseava, ganandose la Mesa por la parte, que parecia, y era mas inacessible, y con pocos de nuestros Soldados, para que los Nayeres defengañados, y los Nuestrs reconocidos atribuyessen el triumpho al soberano brazo de Dios, que allanó, para que se conseguiesse, tantos montes de dificultades, y à juicio de no pocos humanamente insuperables.

\* \* \*

V z

CA-